

le era muy grata; sin duda nuestra llegada había roto la monotonía abrumadora de su soledad; luego adiviné el por qué de su alegría; nosotros habíamos resucitado en su corazón muy amados recuerdos....

II

Mis compañeros de alojamiento salieron a visitar el pueblo.

Y entonces la buena mujer me habló de su vida, una de esas vidas anónimas y oscuras donde si acaso brotó alguna flor, fué bien pronto tronchada por el Destino, que siempre se ensaña con los Humildes; ella tuvo un hijo que fué toda su ilusión y su único cariño; cuando el buen padre, el honrado labrador atezado en el campo y curtido entre la mies, cedió a una maligna enfermedad, el hijo pasó a ser el único sostén de la madre, él la llevó el pan y sirvió en su alma el manjar del amor; cuando fué mozo y supo de cantares al pie de las ventanas, y rondas y verbenas, cuando en su corazón despertaron los amores y sus ojos empezaban a descubrir los más bellos panoramas humanos, marchó a defender el honor de la Patria en los campos de Cuba.

Un día los periódicos trajeron su nombre en la lista gloriosa de los muertos en el campo de batalla; y la anciana lo relataba, con dolor de madre, sí, pero con una expresión de santo orgullo, que me hizo pensar.

—Venga conmigo—añadió—tengo aquí en la sala, donde nadie penetra desde que él falta, todos sus recuerdos.

Y me condujo a la sala, diminuta y limpia, donde la luz que se tamizaba a través de la ventana, esfumaba los objetos en agradables penumbras; del patio llegaban trinos alegres y aromas de madre selvas; la anciana se dirigió a una cómoda de pino barnizado, sobre la que daba una bella nota de fe y respeto una Dolorosa bajo un fanal reluciente, y abriendo uno de los cajones, me mostró las joyas de sus recuerdos, las ropas domingueras del mozo, aromadas de membrillos, la faja de seda rameada y doblada cuidadosamente, y entre ellas un retrato junto a unas cartas emborronadas por el descuido de las lágrimas.

La madre suspiró angustiosamente, llevándose a los ojos su pañuelo de yerbas; después se santiguó con devoción; yo, emocionado, la imité en su sagrado respeto; entonces, entre las ráfagas de la brisa, llegaron los acordes de la banda que interpretaba un pasodoble militar en la plaza del pueblo; era como un inesperado tributo a la memoria del soldado; y entonces me sentí adorador en uno de tantos santuarios que, olvidados en los rincones de España, tienen por reliquias los recuerdos de los héroes y por amor el bello y puro amor de la Patria; entonces, también, pensé en tantos patrioteros que hacen alarde de un amor que no sienten y que pregonan voz en grito para medrar miserablemente.

Y viendo a la buena madre tan orgullosa con el recuerdo de su hijo, no supe que hacer, si sonreír amargamente o de alegría llorar.

LEOPOLDO AGUILAR DE MERA.

Campamento de Ballesteros y Julio del 1918.

Dibujo de Yollí.

Instantáneas del campamento

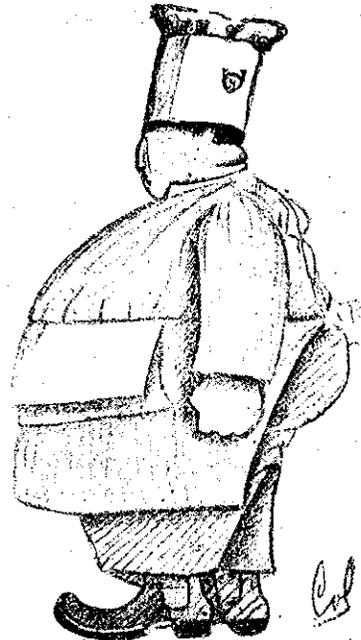
Gente conocida.

El "maitre," del "restaurant,".

Vedle aquí, sorprendido en el instante de dar la orden del reparto del «riquísimo Roy Alta». Es un hombre fino (moralmente ¡eh!) que colecciona cajas de mantecas y sabe jugar con los *muérdagos* a la pelota.

Fija también el número de migas que se han de repartir con arreglo al *peño* del día; las demás ya se sabe dónde van a parar. No hay más que medirle de pecho a espalda. ...

Ultimamente nos ha dicho un confidente que le tiene al frente que se bebe el pilón de la fuente; da lecciones de esgrima con cucharón, pone bnderillas a sus subordinados con «pericos de Aranjuez» y se salta a la torera las vallas de la cocina.



En una palabra: es un hombre que ha dado y dará mucha miga.

El periodista del frente.

Es este un ilustrado «garçon» y famoso periodista que tiene su despacho debajo de un árbol corpulento que hay en el campamento.

Su estructura particular y su silueta parcheada hacen de él un precioso elemento para la vida de campaña.

Según cuentan (y esto no lo hemos comprobado porque es muy reservado), él mandó traer al campamento la estación radiotelegráfica para comunicar con todo el mundo e informar al «The Thimes».

Su gran amistad con el Jefe de estación de Urda le ha proporcionado grandes ventajas y éxitos enormes. La murmuración de la gente, dice que quiso viajar en la perrrera y que su configuración geológica no se lo permitió,



pues llevando la prensa podía resultar prensado. Estos fueron los consejos que le dió el Jefe de Urda, el cual le colmó de atenciones, según se cuenta.

Se le piensa condecorar con una medalla especial, que dirá en su anverso: «Chepus», y en el reverso «Detentis Urdam bruscamentum».

METRALLA.

Instantáneas de Colmeiro.